



Universidad de Chile
Facultad de Filosofía y Humanidades
Departamento de Estudios Pedagógicos

*Encuentros y desencuentros de una profesora en formación: hacia
una pedagogía feminista en la educación formal*

Seminario final para optar al título de Profesora de Educación Media en las Asignaturas
Científico-Humanistas con Mención en Historia, Geografía y Ciencias Sociales

Seminario de título Narrativas e Identidad Docente

Profesora guía: Ana Arévalo

Estudiante: Daniela Paz Lobos Arancibia

Santiago de Chile

Septiembre, 2020

Dedicado especialmente:

A mi amada madre Marta, quién gracias a su trabajo doméstico, hasta hoy no reconocido socialmente, ha permitido desarrollarme intelectual y profesionalmente. Privilegio que se sustenta en la explotación de género, a veces no consciente, de la que el feminismo me ha ayudado a hacerme cargo.

A mis queridas amigas y compañeras Bárbara y Fabiola, con quiénes desde el 2015 transitamos en complicidad procesos de-construtivos que hoy nos permiten posicionarnos desde una pedagogía feminista transgresora.

ÍNDICE

Resumen	4
A modo introducción: la posibilidad de transgredir	5
Capítulo I: Un segundo despertar	8
Descubrir el feminismo	8
Primeros acercamientos de una pedagogía feminista	9
Descubrir el sentir	11
Capítulo II: Hacia una pedagogía feminista	13
Encuentros teóricos-experienciales	13
Significando la pedagogía feminista	18
Amistad, compañerismo y complicidad pedagógica	25
Capítulo III: Propuesta para profesoras/es que quieren desarrollar una pedagogía feminista	31
Concientización identitaria o la pedagogía de la mismidad	31
Formación pedagógica y feminista	33
Contexto de escuela y socio-educacional	34
Formar comunidad	37
Reflexiones Finales	39
Bibliografía	41

Resumen

La presente investigación narrativa es una búsqueda personal que tiene un horizonte compartido con sentires, pensares y experiencias colectivas que apuntan a la posibilidad de desarrollar una pedagogía feminista en la educación formal. Me propongo develar procesos de concientización en mi historia, donde he podido desarrollar una identidad atravesada por el ser mujer, feminista y profesora en formación, que junto al diálogo con la teoría, compañeras y amigas profesoras, me permiten plantear una pedagogía transgresora y generar estrategias para disputar la cultura escolar que sostiene estructuras de opresión como el patriarcado, colonialismo y neoliberalismo.

Palabras claves: pedagogía feminista, pedagogía transgresora, interseccionalidad, identidad, narrativa.

A modo introducción: la posibilidad de transgredir

Escribiendo en el encierro debido a la emergencia sanitaria mundial, empiezo a buscar sentidos a mi formación pedagógica ante la usencia de una experiencia íntegra en la escuela. Fantaseo e imagino las cosas que podría hacer cuando empiece a trabajar como profesora.

Surge la necesidad de acomodar el currículum contenidista, androcéntrico y colonialista, a una perspectiva pedagógica que trasgreda aquel *estatus quo*, la normalidad asfixiante y enajenante, que nos transforme en seres que sueñan, creen que esas utopías podrán ser posibles y luchan junto a otros para que sea posible. Me sumerjo en experiencias y teorizaciones de otros, como *Paulo Freire*, *Claudia Korol* y *Val Flores*.

Allí encuentro perspectivas pedagógicas críticas, proyectos que apelan a concientizar y liberar-se de las relaciones de dominación y subordinación, en espacios formativos mayoritariamente no formales y/o populares, donde emerge de manera más fluida, aunque no sin turbulencias, la reflexión y discusión sobre historias de mujeres, disidencias, pobres, indígenas, afrodescendientes. Sobre la educación formal encuentro más que nada intentos y decepciones. Con una Val Flores que decidió desertar de ese espacio, porque era tormentoso vivir con el peso de la institucionalidad retrógrada y violenta. Se viene a mi mente el día que me encontré con mi profesora de Biología haciendo serigrafía muy contenta y le pregunté por qué ya no era profesora, no me acuerdo bien sus palabras, pero el argumento era el mismo de Val. También recuerdo que antes de la cuarentena, cuando iba a cabildos o asambleas relacionadas con educación feminista surgían relatos similares. Parece ser que la posibilidad de una pedagogía como práctica de la libertad en el sistema educacional sigue siendo una ilusión o una tarea demasiado compleja, me da temor, incluso angustia.

Aun así, no dejo de maravillarme con esa posibilidad, estoy acá porque creo que la educación se debe disputar con aquellos proyectos que apelen a la emancipación y la justicia, con metodologías que involucran la formación integral de los sujetos. Creo que hoy existe una oportunidad única, pues hay una mayor articulación gremial, de mujeres y disidencias, relacionadas con pedagogías críticas, enfoques feministas y no sexistas. Este deseo conforma mi identidad como persona y profesora feminista, que se enmarca en una historia vivida, en

un reconocimiento y comprensión de lo que fui, soy y pretendo ser, en un diálogo permanente entre el yo y la colectividad.

Como quiero transgredir la escuela, por su puesto cerraré este ciclo de formación universitaria cuestionando a la academia, donde predomina el autoritarismo e imposición epistémica, que por muchos años me arrebató mi voz y autoestima estudiantil. Mis últimos semestres de formación pedagógica abrieron la posibilidad de sanar esas heridas, dándome herramientas para reapropiarme de mis sentipensares a través de la narrativa que quiero reivindicar en este escrito como una forma válida y necesaria de generar conocimiento. Herminia Pinzón (2017), tomando como referencia los postulados Rincour y Bolívar, indica que: el acto narrativo y biográfico permite una hermenéutica de la mismidad, que es histórica, por tanto, variable y siempre en relación con la sociedad. Al mismo tiempo es parte de una construcción de saberes, al realizarse un acto de interpretación y comprensión de aquella narrativa.

Este proceso ha permitido concientizar la constitución de mi identidad y responder a mis inquietudes, donde habita el miedo y la inseguridad de desplegar una práctica docente a contracorriente, y a la vez las profundas ganas de poder lograrlo porque es lo que moviliza mi día a día. Ha sido un proceso de aprendizajes, que me han entregado herramientas para enriquecer mi formación pedagógica. Tal como menciona Luz Maceira (2017):

La identidad se convierte en un contenido que se reflexiona, pero también en un objetivo a desarrollar. Trabajar con la propia identidad supone una mejor ubicación de cada persona en el mundo y de las limitaciones y posibilidades de dicha ubicación, así como hacer una crítica a la propia identidad para pensar y elegir las formas de ser, promover el desarrollo de la propia conciencia (...) Esta conciencia demanda la construcción (...) de una conciencia colectiva, condición para el reconocimiento y alianza, para la identificación y articulación que permitan la constitución de un sujeto colectivo autogestivo e independiente con una agenda común por la cual trabajar. (p. 12-13)

Para ello partiré rememorando las experiencias que gatillaron un despertar de mi conciencia en relación con el feminismo y cómo esto adquirió protagonismo tanto en mi vida personal como es mis proyecciones docentes. Lo que significó un nuevo cuestionamiento a las lógicas

del sistema educacional, que complejizaron los aspectos que tienen relación con la mercantilización de la educación y su uso instrumental para la reproducción del neoliberalismo, poniéndola en discusión con otras estructuras opresivas que sostiene el sistema educacional como el patriarcado y colonialismo.

Luego compartiré los motivos que llevaron a identificarme con una pedagogía feminista: crítica y transgresora. Considerando la relevancia que tuvo en mi experiencia como estudiante y profesora en formación, y el proceso de de-re-construcción que significó en mi vida.

Posteriormente pondré en diálogo colectivo mis sentipensares y experiencias, con amigas y compañeras profesoras, dando cuenta de un horizonte de aspiraciones compartidas. Lo que desembocará finalmente en el esbozo de estrategias que permitan disputar el sistema educativo con una pedagogía feminista.

Capítulo I: Un segundo despertar

Descubrir el feminismo

Era 2015, junto a mis amigas y compañeras, la *Barbie* y la *Fabi*, cursábamos el segundo año de Licenciatura en Historia en la Universidad de Chile. Habíamos decidido inscribir el seminario que se titulaba algo así como “Patagonia”, era un ramo electivo que se enfocaba en una perspectiva histórica y social de la geografía. El profesor que lo dictaba nos parecía raro, pero bastante motivante. Sus clases nos hacían mucho sentido, una geografía problematizadora, lo era aún más porque que todo desembocaría en una investigación en terreno en un Sur bastante desconocido para nosotras. Un día la *Fabi* nos habla por *chat*, nos dice que la ayudante del ramo le había comentado que estaba siendo acosada por el profesor, una sorpresa, él parecía ser una persona bastante confiable. De hecho, era uno de los docentes favoritos del departamento, mucha gente quería hacer sus tesis con él y en general participar en sus ramos.

Pero ¿por qué dudar de la ayudante? fue una inquietud que me acompañó toda esa noche. Al otro día junto con mis amigas nos juntamos, lo conversamos y decidimos creerle, ayudar en lo que fuese necesario y salirnos del seminario. Esto que hoy me parece muy obvio, en ese entonces no lo era, no existía un cuestionamiento profundo a las relaciones de poder que existían entre el profesorado y alumnado, y el sesgo de género y sexo que las atravesaban. Esa misma semana la chica se nos acercó y nos pidió disculpa por no haberlo hecho antes, el miedo había sido fuerte y nosotras lo comprendimos. Con mucha valentía, en los días siguientes, se atrevió a revelarlo públicamente. Fue un precedente que inició a una ola de denuncias por acoso y abuso sexual hacia él, otros profesores y estudiantes. La facultad de Filosofía y Humanidades estaba convulsionada, las confianzas quebradas, sobre todo por el clima de incredibilidad de las autoridades, que se excusaban del conducto regular para no suspender o desvincular a los profesores y estudiantes acusados.

La organización entre compañeras y de algunas profesoras fue fuerte, gracias la presión a través de tomas, paros, funas¹, se aceleraron las investigaciones y el problema empezó a ser visibilizado en otras facultades, por lo que pronto se convirtió en un tema de la Universidad y ya en 2018 se perfilaba como una problemática a nivel de país.

En ese contexto adverso, donde la pena y la rabia eran latentes, nos pudimos encontrar y reconocer como mujeres en una historia de opresión, pero también de rebeldía. Aprendimos de feminismo, educación no sexista, leyes, protocolos y por sobre todo de sororidad. Así fue como la decisión de creer en nuestra compañera, que en un principio parecía bastante instintiva, pronto tuvo sentido político.

Ese año me marcó porque concienticé las violencias que me habían atravesado a mí y a otras por el hecho de ser o parecer mujeres. Al principio creí ser fuerte, enfrentar sin salir dañada la situación, pero los siguientes años - donde estas situaciones no pararon- me vi desbordada por el miedo de ser la próxima, la inseguridad de un espacio que habitaba la mitad del tiempo, el agradecimiento de que no me haya pasado, de haber podido escapar tantas veces. Pronto pude convertir ese sentir en movimiento, en un diálogo constante entre mi individualidad y la colectividad. En ese transitar el feminismo fue una especie de guía, me ayudó a orientar mi sentir y pensar, por sobre todo a descubrirme y descubrir.

Primeros acercamientos de una pedagogía feminista

El tránsito hacia el feminismo también tuvo relación con algunas experiencias académicas. Recuerdo que a raíz del contexto que estaba viviendo me empecé a interesar en algunos cursos de género que se dictaban en el programa de Licenciatura en Historia, sin embargo, preferí no inscribirme porque algunas de las profesoras que los realizaban habían encubierto y defendido a los docentes abusadores. Opté por tomar un ramo de Movimientos Indígenas y Afrodescendientes, aparte de interesarme el tema, una de las profesoras que lo dictaba había demostrado mucho compromiso con las situaciones de violencia en la facultad.

¹ Concepto utilizado en Chile para hacer referencia a la denuncia pública demarcada de la institución judicial, de parte de una persona u organización, con el fin de alertar a la población sobre hechos que atentan con la integridad humana y que la persona o institución que los percute reciba una sanción social, ante la usencia o inconformidad con las sanciones jurídicas.

Creo que fue una de las mejores decisiones que pude tomar, nunca había sentido tanto la historia como en ese ramo, probablemente porque ahí se relavaban a sectores históricamente silenciados, no solo aparecía la opresión sino también experiencias de lucha y desde enfoques muy diversos. Las disciplinas se entrecruzaban, alejados de la estructura académica eurocentrada y cientificista. A través de poemas, ensayos, artículos, declaraciones, testimonios, imágenes, conocí la producción teórica latinoamericana de mujeres, lesbianas, indígenas y afrodescendientes, entre otras, que, a partir de sus experiencias de vida, activismo y el diálogo con producción de saber de sus territorios y de otros lugares, habían articulado otras formas de comprender el mundo, apelando a proyectos descolonizadores: antipatriarcales, anticapitalistas y antirracistas. Después de esa experiencia emocionante decidí continuar tomando ramos con las mismas profesoras y termine haciendo mi tesis con ellas.

Así fue como me di cuenta de las diversas violencias que se vivían por tener identidades y experiencias que escapaban de lo blanco, masculino y heterosexual, yo tenía ciertos privilegios por ser de color de piel más clara, acceder a la educación superior, heterosexual, etc. La lucha feminista no solo implicaba una cuestión de mujeres, también había que conectarlas con otros tipos de opresiones como las racistas o clasistas. En este sentido se debía habitar el feminismo desde una interseccionalidad, tomando conciencia del lugar que ocupamos en todas relaciones de dominación-subordinación.

En esos mismos ramos por primera vez sentía que tenía profesoras y no solamente académicas, eran responsables y comprometidas con nuestros procesos de aprendizaje. Existía una coherencia entre sus enfoques teóricos y su práctica cotidiana en la sala de clases, cosa que enriqueció mucho más la experiencia y que incluso me dio fuerzas para permanecer en la carrera, pues en ese espacio encontré seguridad y sentidos. Recuerdo cuando a las personas que participábamos en el Seminario de Grado nos entregaron nuestra primera evaluación de avance de tesis. Estábamos anonadadas, era común que les “profesores/as” de otros ramos nos reprocharan nuestros trabajos cuando no coincidían con sus perspectivas, que nos humillaran, se burlaran de nuestras maneras de expresarnos o comprender la historia. Ese día recibimos felicitaciones por nuestros escritos, apoyo para lo que se venía, críticas constructivas. Nunca olvidaré cuando defendí la tesis y un profesor me crítico porque me

había emocionado durante la exposición, la profesora salió en mi defensa y se lo rebatió. Sin duda son unas referentes para mis proyecciones como profesora.

Descubrir el sentir

El año 2017 empecé a sentir una angustia constante, lo cual desembocó en crisis de pánico. Nunca me había sentido tan vulnerable, me concebía como una mujer fuerte, independiente, capaz de hacer todo lo que se propusiera. Rara vez demostraba al exterior sentimientos de pena o tristeza, quizá porque lo asociaba inconscientemente a la femineidad y eso podía generar que “me pasaran a llevar” o que “no me tomaran en serio”.

La gente me decía cosas, así como: trabajas, estudias, eres voluntaria, tienes pareja y familia ¿cómo lo haces? Yo no entendía por qué se admiraban tanto de eso. Normalizaba correr de un lado a otro, tener tiempo para otros y rara vez para mí, obligarme ir a la Universidad, aunque no tuviera ganas de escuchar ni mirarle la cara a ningún profesor. Estaba tan ajena de mí misma que cuando empecé a experimentar la crisis lo asociaba a un tercero, “me hicieron mal de ojo” “brujería”, me negaba a dejar mi rutina porque simplemente ya no me la podía.

Mi cuerpo pedía a gritos que la escuchara, reencontrarnos. Decidí tomar terapia y respirar un nuevo aire, marginarme un tiempo de la toxicidad de la Universidad. Reconozco que sentí tristeza de no poder continuar con mi formación pedagógica inmediatamente, pero lo consideraba necesario y creo que fue una decisión correcta.

El año 2018 fue de mucha maduración emocional, más de autoanálisis que de acciones concretas. La subjetividad fue aflorando cada vez más, me fui desahogando de todo el peso de haber tenido una vida de esfuerzos, quizá innecesarios. De la creatividad y autoestima que me arrebató la academia, del negarme tantas veces para darle el gusto a los demás “ser una buena hija, estudiante, polola²”. También de la incomodidad que me producía vivir desde pequeña constantemente situaciones machistas. Tenía que mostrarme seria para ser respetada, evitar ponerme cierto tipo de ropa para poder caminar con un poco más de tranquilidad en la calle, sentirme extremadamente sobreprotegida porque “algo malo” me

² En Chile en sinónimo de novia.

podría pasar, ver cómo las mujeres de la casa nos hacíamos cargo de las labores domésticas, mientras mi padre y hermanos disfrutaban riendo en la mesa.

Esta experiencia me hizo valorar la importancia de concientizar las emociones, de visualizarlas, aceptarlas, comprenderlas y enfrentarlas, aunque nos parezcan tormentosas. Es un proceso de aprendizaje en sí mismo, que me permitió habitarme y reconocirme como un ser sintiente, que debe dialogar con la pena, la alegría, la rabia, la angustia, el miedo, para poder movilizarla a acciones concretas que me permitan encontrar un equilibrio o por lo menos tranquilidad.

Capítulo II: Hacia una pedagogía feminista³

Encuentros teóricos-experienciales

A partir de las experiencias narradas anteriormente, el interés con el que ingresé a la licenciatura, estudiar pedagogía, se hizo más fuerte. Mi intención en un comienzo era problematizar la historia en la escuela para darle sentido a nuestra cotidianidad y construir una sociedad más justa. Recuerdo que esa motivación surgió en el 2011, durante el Movimiento Estudiantil, podría decir que fue un “primer despertar” donde adquirí conciencia social y de clase. En ese entonces, me incluí en la comisión de difusión que había surgido luego de una asamblea del Liceo. Las que participábamos en ella teníamos el rol de informar a la comunidad y a la gente externa de los diagnósticos y demandas del movimiento. A partir de esa experiencia despertó mi curiosidad por la historia y la política, comencé a investigar la raíz de los problemas del sistema educacional, llegué, entonces, al periodo de Dictadura, me di cuenta de que teníamos un pasado traumático, violento, por primera vez sentí la necesidad de generar un cambio social, donde la lógica neoliberal dejará de hegemonizar nuestras vidas.

Al finalizar la secundaria (4° medio) llegué a la conclusión de que la pedagogía era mi camino. La educación permitía que de manera colectiva se pudiera concientizar el pasado, entender el presente y cambiar el futuro. Después del 2015, nuevas cosas me movían. Me envolvía la necesidad de visibilizar y problematizar historias ocultas y olvidadas, que excedían la lucha de clases, involucrando perspectivas de género, sexuales, identitarias, indígenas, afrodescendientes y territoriales. También se hacía necesario tener una comprensión del conocimiento desde la interdisciplinariedad y de una práctica pedagógica atravesada por las emociones, la subjetividad. Es decir, una pedagogía con perspectiva feminista.

La pedagogía feminista se puede entender desde muchas aristas, pues existen diferentes formas de comprender la pedagogía y el feminismo, y porque desde las teorizaciones

³ Título utilizado por Claudia Korol en un artículo citado en la narrativa, lo utilizo haciendo referencia a la apertura de experiencias y teorizaciones que la autora invita a experimentar.

latinoamericanas tampoco se ha definido una comprensión más o menos homogénea, más bien se han articulado diversas experiencias y sistematizado ciertos ejes compartidos.

Yo me identifico con un feminismo interseccional, es decir con el cuestionamiento de cualquier relación de poder y con la lucha por derribar toda forma de opresión que impide el bienestar de algunos, por las ansias de poder y superioridad de otros. A su vez considero que esta postura va de la mano con la pedagogía crítica, que tiene precisamente como objetivo que los procesos de enseñanza-aprendizajes sirvan para liberarse de las cadenas de las estructuras opresivas, a través de la concientización de estas, por medio la apropiación de conocimientos que son mediados por los educadores. Ahora bien, hay que considerar, tal como sugieren Claudia Korol (2007) y bell hooks (1994), dialogando con el legado Freiriano, que la pedagogía crítica por mucho tiempo relegó aspectos como el género, el sexo y la emocionalidad, focalizándole en la lucha anticapitalista y más tímidamente anticolonialista. Cuestionamiento que Freire en sus últimos años consideró y dejó plasmado en *“La pedagogía de la esperanza”* (1992), reconociendo su sesgo machista y el aporte de distintas académicas para adquirir aquella conciencia.

También es importante aclarar que la pedagogía feminista no se puede reducir a considerar perspectivas de género, focalizadas en conseguir la igualdad entre sexos y géneros, pero sin analizar ni cuestionar las lógicas de poder que la sostienen, ni muchos menos considerar el saber construido desde los márgenes, la disidencia. La igualdad se transforma en un punto ciego y estático, poniendo como eje alcanzar las mismas condiciones en un sistema opresor. Esto hoy se hace evidente en la inclusión de perspectiva de género en los planes curriculares y sugerencias del Ministerio de Educación (MINEDUC), donde este enfoque aparece desligado del saber machista que promueve el currículum, la formación docente y las condiciones de precarización laboral asociadas a la feminización del rubro, de cómo la violencia de género tiene relación con la pobreza, la migración, es decir, los contextos de los estudiantes. Esta no solo se produce desde los hombres, sino también desde el Estado y sus agentes. Pareciera que solo se pretenda aparentar una responsabilidad, para cumplir con estándares que luego posicionaran al país en algún *ranking*. Así se vislumbra en la siguiente declaración de intenciones:

El Ministerio de Educación entiende que la aspiración a la igualdad de género es un atributo de la calidad y por ello viene haciendo múltiples esfuerzos para incorporar dicha perspectiva en todo su quehacer con la convicción de que es posible construir una educación no sexista, en la cual la institucionalidad, las comunidades educativas y sus integrantes otorguen igual valor a las capacidades y habilidades de niñas, niños y jóvenes en los distintos niveles educativos, con independencia de su sexo e identidad de género. (MINEDUC, 2017, p.3)

En relación con estos sentipensares, la pedagogía feminista con la que me identifico es aquella construida desde la educación popular feminista y disidente de Abya Yala. La siguiente cita, extensa pero muy certera, evidencia sus principales valores y objetivos:

La educación como [...] “práctica de la libertad” no se limitaría así a un discurso contra las formas opresivas y represivas del Estado burgués y patriarcal, de sus instituciones de reproducción de la cultura capitalista, androcéntrica, colonizadora. Es sobre todo la posibilidad de un ejercicio de lucha material y también subjetiva contra la enajenación, contra la mercantilización de nuestras vidas, la privatización de nuestros deseos, la domesticación de nuestros cuerpos, la negación sistemática de nuestros sueños, la mutilación de nuestras rebeldías, la invisibilización de nuestras huellas, el silenciamiento de nuestra palabra, y la desembozada represión de nuestros actos subversivos. (Korol, 2017, p.16-17)

La crítica a las políticas de cooptación de los movimientos populares desde los gobiernos y desde el Estado, a la utilización del lenguaje emancipatorio para reforzar las dominaciones (...) es necesaria para advertir los límites que nuestras propuestas han tenido, y que las han hecho fácilmente asimilables en las lógicas del poder. Hay algunas trayectorias del feminismo que han pasado del feminismo de la igualdad y el feminismo de la diferencia, al feminismo de la indiferencia (...) Un conjunto de opresiones quedan en el cono de sombras de la indiferencia. Es un feminismo que hace de la diferencia biológica una representación política; y se vuelve instrumento de relegitimación del poder burgués, opresor, y de sus políticas de gobernabilidad. (Ibid., p.21)

Korol es clara en decir que “la prioridad es el trabajo en los movimientos populares” (Ibid.). Lo que considero totalmente legítimo e importante, pero sin embargo insuficiente y es hasta contraproducente centrar toda la energía ahí, aunque claro está que, a veces, se torna una opción más llevadera ante la violencia que deben vivir los educadores transgresores en la educación formal.

Les invito a preguntarse: ¿dónde están la mayor parte del tiempo los niños y jóvenes pobres, flaites, migrantes, indígenas? ¿cuál es su principal espacio formativo? ¿por qué hay tantas personas que perteneciendo a un pueblo indígena se transforman en policía y reprimen la lucha de su propio pueblo? Por qué, cómo diría *Franz Fanon* ¿el negro quiere ser blanco? ¿Por qué hay mujeres que aún temen dar su opinión? ¿por qué tenemos vecines que creen que no debiesen llegar migrantes de países latinoamericanos al país? Si empezamos a buscar posibles respuestas creo que vamos a comprender por qué es importante desarrollar una pedagogía feminista a la escuela institucional formal.

Parece ser un gran desafío llevar a cabo esta práctica pedagógica, por lo mismo es difícil llegar a este punto, lo que me mueve también me aterra. Identificarme como mujer y profesora feminista, no solo ha significado un cuestionamiento a la sociedad y cultura patriarcal, sino a mí misma y a mi círculo cercano, lo que ha implicado un proceso de deconstrucción doloroso y a la vez muy sanador. Elegir narrar mi experiencia es parte de ese proceso, una de las cosas con las que me he encontrado con la pedagogía feminista es hacer un trabajo dialéctico entre la individualidad y la colectividad, por tanto, pensarme y formarme como profesora feminista, implica re-des-encontrarme conmigo misma, concientizar mi sentir, mi pensar, analizarlo, criticarlo. Como menciona Luz Maceira, tomando como referencia a Marcela Lagarde y María Montoya:

El “partir de sí” es significar la realidad, nombrar el mundo y responder las interrogantes a partir de la propia experiencia, representar al mundo para poder habitarlo y transformarlo, desarrollar un pensamiento que le dé coherencia a la propia vida, tener la autoría de la propia vida, una autoría centrada en el yo, en la génesis de cada persona individuada y libre. (2007, p. 7)

El primer semestre de formación tenía que ver mucho con esta perspectiva. Nuestra historia personal era un eje fundamental, poner en palabras todo lo que había sentido era complejo,

recuerdo que casi todas las veces que escribía algo de mi lloraba, no faltaron las crisis de angustia. Quizá porque ahí descubría o reaparecían miedos y contradicciones. Como diría Val Flores, era como si estuviese escribiendo contra mí misma, escapaba de mi zona cómoda de hablar y tomar como referencia pensamientos y experiencia de otros, teniendo que hacerme cargo de mi propia historia. En conclusión:

El ejercicio de la escritura poco tiene que ver con el resguardo en la seguridad de un yo, de amparo frente a las dificultades del mundo de la vida, sino que es apertura a una amenaza, al riesgo de convertirse en otra. Ha sido un espacio de confrontación y diálogo, para buscar desde la propia práctica hacerme cargo de mí misma / nosotras mismas; de mi / tu / nuestra herida, mi / tu / nuestro daño, de mi / tu / nuestro miedo, de mi / tu / nuestro cuerpo, de mi / tu / nuestro afecto pero, sobre todo, de mi / tu / nuestro placer y mi / tu / nuestro deseo. (Flores, 2010, p.221)

El exponerme me hace sentir extremadamente frágil, creo que proyecto seguridad en el exterior y eso me acomoda bastante, sobre todo en relación con los espacios o seres masculinos, que muchas veces prefieren mantenerse distantes de mí. Narrar el Yo me hace sentir vulnerable de mí misma porque la realidad es que soy una persona muy insegura.

Mis expectativas como profesora me presionan. Deseo poder ser una profesora comprometida y capaz de disputar la cultura escolar que mantiene en pie la hegemonía de las diversas formas de opresión. Sería una decepción perderme en los mandatos institucionales, alienarme al sistema. Eso supone tener fuerza y valentía, a veces creo ser incapaz de posicionarme desde ahí, pues hay momentos en que me paraliza la injusticia, me siento ahogada y desbordada, con ganas de permanecer en la cama y dormir por días, desconectada de lo que sucede afuera. Me levanto obligada porque, a pesar de esas inseguridades, siento que es lo que da sentidos a mi vida. Me doy un discurso, en donde surge la necesidad de no ser tan exigente, valorar aquellas pequeñas instancias en donde siento que he logrado incomodar, cuestionar o motivar la reflexión y discusión. Me reitero la importancia de confiar en mi desplante, habilidades, sueños y motivaciones. Al fin y al cabo, tal como menciona bell hooks (1994):

La pedagogía comprometida no busca simplemente empoderar a los estudiantes. Cualquier aula que emplee un modelo holístico de aprendizaje también será un lugar

donde los maestros crezcan y sean empoderados por el proceso. Ese empoderamiento no puede suceder si nos negamos a ser vulnerables mientras alentamos a los estudiantes a tomar riesgos. (p.20)

Significando la pedagogía feminista

En el año 2019 por fin llegué a la pedagogía, mis ansias por estar en la escuela eran grandes. Sabía que ahí se pondrían en juego mis expectativas y precisamente así fue. A pesar de que había estado trabajando en talleres vocacionales algunos años, deambulaba por muchos colegios sin comprender mucho las dinámicas internas, ni tener mayor cercanía con las comunidades educativas.

En las prácticas me reencontré con la escuela, con sus partes amargas y dulces. Allí pude vislumbrar la anulación pedagógica, donde tanto el estudiantado como el profesorado son una maquinaria del sistema. Al mismo tiempo sentir esperanza de que es un espacio que se puede disputar y construir desde perspectivas pedagógicas críticas.

Si tuviera que hacer un guion teatral de los dos colegios en que realicé prácticas pedagógicas, sería algo así:

Profesores/as: Llegan casi siempre corriendo, firman o marcan su asistencia, revisan cosas pendientes, hablan, intentan explicar y cubrir el currículo, comen y conversan apurados con sus colegas, otra vez realizan deberes pendientes, se van.

Estudiantes: Llegan casi siempre corriendo, se sientan, hacen que escuchan y entienden, hablan con sus compañeros de la vida o revisan su celular, comen escondidos, gozan el recreo, a veces hacen tareas o estudian, se van.

Entre esas rutinas, asoman un sinfín de violencias que condicionan el diálogo y la posibilidad de encontrar sentido a la escuela. Existe una constante imposición de formas de ser y estar en ese espacio, donde las personas ya sea por ser adultas, con formación universitaria, con más dinero o de género masculino, tiene mayor incidencia en las decisiones y en el quehacer de la escuela. No era casual, sobre todo en el primer colegio de práctica, escuchar a los docentes burlarse de estudiantes por tener dificultad para aprender algún contenido, por su

salud mental, orientación sexual o identidad de género, formas de hablar, vestir, color de piel, etc. Esto también se replicaba entre los propios compañeros, ejemplo de ello era el acoso que sufrían las mujeres: eran recurrentes los comentarios en relación con su cuerpo, insinuación sexual y toqueteos no consentidos.

Mientras todas esas cosas ocurrían me preguntaba:

¿Cuánto aparentan? ¿cuán “normales” quieren ser? ¿cómo identificarse con un currículum nacionalista, colonialista y patriarcal? ¿qué callan, qué aguantan? ¿dónde van y se refugian? ¿qué piensan, creen, sueñan?

Estas dinámicas, siendo sincera, me hicieron dudar de seguir en este camino. Las situaciones me ponían tensa y entristecían, quizá también mis expectativas eran muy altas y mi margen de acción como estudiante en práctica reducido. Surgían muchas dudas:

¿En dónde cabe en la educación formal la perspectiva pedagógica que me movilizan? ¿qué tan probable es que el sistema me atrape? ¿qué tan comprendida y acompañada me sentiré por parte de mis colegas?

Estas sensaciones de inseguridad se calmaban cuando en la maquinaria encontraba vida. Estudiantes riendo y conversando con sus profesores/as. Estudiantes que les gustó o interesó una clase y reflexionan sobre ellas. Estudiantes que se sienten seguros en la escuela porque tienen comida, techo y contención. Profesores/as problematizando la pedagogía, riendo, soñando con sus colegas y apañando a los estudiantes.

En ese sentido:

El aula, con todas sus limitaciones, sigue siendo un lugar de posibilidad. En ese campo de posibilidades tenemos la oportunidad de trabajar por la libertad, de exigirnos a nosotros mismos y a nuestros camaradas, una apertura de mente y corazón que nos permita enfrentar la realidad incluso mientras imaginamos colectivamente formas de movernos más allá de las fronteras, de transgredir. (hooks, 1994, p. 207)

Durante la segunda práctica, en un colegio público, este sentir se fue acrecentando, probablemente porque pasaba más tiempo con los alumnos y realicé clases. Pude adquirir bastante cercanía con ese curso, me preguntaban frecuentemente sobre la asignatura, la

actualidad o cosas de índole personal. Cuando implementé las clases esta confianza se enriqueció, el guion se rompió muchas veces, participaban bastante, debatíamos, hacían preguntas.

Tanto las profesoras guías como les estudiantes me comentaban lo bien que se sentían en ese ambiente de conversación, recuerdo incluso que un día finalizando una clase una chica se paró corriendo a abrazarme por lo mucho que le había gustado. Yo estaba feliz, no solo por eso, sino también porque las clases tenían una perspectiva de género y feminista, entonces pudimos reflexionar bastante sobre temas como el racismo, la identidad, los derechos humanos, los roles de género, entre otros.

A través del reconocimiento y análisis de documentos y experiencias de vulneración de derechos, así también como de rebeldía y luchas de distintos sujetos históricos; pudimos tensionar aquellos discursos oficiales y tradicionales en que los derechos humanos se conciben desde una perspectiva prescriptiva y eurocentrada. Creo que el reconocerse en esas historias, les hacía querer y sentir la necesidad de hablar, no solo expresando cosas relacionadas con el contenido, sino también los sentimientos que experimentaban. Logrando tomar una postura propia respecto a la temática.

Creo que las experiencias más significativas se dieron luego de volver a clases en contexto de Revuelta Social y el fin de un Estado de Excepción. Mis planificaciones tuvieron que ser modificadas dada la contingencia, dando espacio para debatir respecto a los últimos acontecimientos del país y otorgándole una perspectiva histórica. Les estudiantes se involucran totalmente en las clases: opinaron, discutieron, reflexionaron en torno a los derechos humanos, los últimos acontecimientos sucedidos en el país y la violencia. Logré hacer mediar los diferentes pareceres.

Reconozco que sentí miedo de no poder conseguirlo, pues podía caer, sin darme cuenta, en la defensa autoritaria de mis convicciones. También existía la posibilidad de que la profesora se opusiera a mi forma de realizar clases, porque mis argumentos involucraban la legitimización de la revuelta y los actos de desobediencia civil, como una culminación de las rabias y sentimientos de insatisfacción por la precarización de la vida, lo que se alejaba mucho de los valores ella defendía. Para mi sorpresa la profesora se hizo parte de las discusiones, con una postura pedagógica abierta a la conversación. Cuando finalicé las clases

me felicitó, conversamos bastante de lo importante que era para los estudiantes ese ejemplo, pues así podían valorar el diálogo y respeto.

Otro aprendizaje de mi pasar por la escuela, es la importancia de la relación pedagógica en tanto acompañamiento de vida. Con esto me refiero a que el profesorado quiera o no, asume un rol formativo valórico y a la vez es un sujeto donde recaen las carencias, es decir, aquellos vacíos socioemocionales que los estudiantes no encuentran en sus familias u otros espacios de cuidado. Esta labor la veían constantemente en mi profesora guía, pendiente de la vida personal de los estudiantes con el fin de brindarles apoyo. Lo que me parecía más maravilloso y que emociona contar, es la capacidad de empatizar que tenía con ellos y la responsabilidad pedagógica con que lo hacía. Ella era una profesora en edad de jubilación con valores bastante tradicionales cristianos-católicos, pero, sin embargo, era capaz de transarlos y resignificarlos apelando al bienestar de los jóvenes. Recuerdo el día que me mencionó que había un estudiante transgénero, y por ese motivo se estaba educando en el tema para poder abordarlo de mejor manera y también generar un ambiente de respeto en el aula. Creo que por esta razón los estudiantes le tenían tanto cariño y recurrían frecuentemente a ella para buscar un consejo o simplemente un abrazo, esto a pesar de los conflictos o rencillas que pudieran existir debido a lo estricta que era con la disciplina en clase, que por cierto, nunca atento con el respeto.

Aquella labor, que muchos tildan como un rol “maternal”, asociado a un estereotipo de femineidad, hoy la reivindico. En algún momento me generó una discusión interna donde me preguntaba si yo como profesora debía hacerme cargo del cuidado, concluí que sí. Creo que comprender la complejidad de las relaciones pedagógicas desde una perspectiva feminista implica relevar la importancia del cuidado, la ternura, del acompañamiento, que las lógicas patriarcales históricamente han estigmatizado y anulado. Esto va de la mano con la enseñanza y aprendizaje de una asignatura x, donde el vínculo de confianza y cariño sin duda ayudará a potenciar aquellos procesos. Ahora bien, hay que tener en consideración que en las condiciones de precarización laboral, asumir esta responsabilidad puede ser contraproducente, por eso creo que es importante identificar hasta qué punto una se puede hacer cargo y también la importancia que tiene contar con otros profesionales en las comunidades educativas que pueden orientar de mejor manera a los estudiantes. Así mismo

creo que al conformar esas relaciones, la idea es siempre apelar a ser una figura criticada, que esa complicidad no se transforme en una admiración cegadora que no permita cuestionar el desplante pedagógico del o la docente y que coarte las posibilidades de construcciones en conjunto.

Todo este proceso provocó algo en mí que pude verbalizar recién en una sesión terapéutica con la psicóloga, lo podría describir como placer al estar en un aula. El tiempo de clases, era un tiempo de disfrute total, ahí los problemas personales se olvidaban y solo me interesaba poder romper por algunos segundos la rutina escolar y que algo de lo que ahí aconteció produjera interés en alguien. Siempre me detenía en las miradas de los estudiantes, creo que reflejaban mucho de eso, del deseo que ellos también sentían de que algo inesperado sucediera ese día, que le diera sentido a la escuela. Entonces, ya solo quedaba entregarme y dar lo mejor que pudiera. Después que terminaba la jornada escolar sentía un orgasmo emocional, donde mi corazón y cabeza no paraban de comunicar cosas, desde la risa que me había causado alguna actitud de ellos, una muestra de gratitud por la clase, hasta aquella pena por el chico que me comentaba que nos descansaba en las noches porque dormía con mucha gente en su cama. Considero que ese sentir se lo podía transmitir a los estudiantes, muchas veces incluso les decía cómo me sentía con el fin de reivindicar lo emocional.

Esa sensación creo que también la provocaba el hecho de mostrarme tal y como era, ser coherente entre mis perspectivas pedagógicas y la puesta en escena de mis clases, sentir por un momento que era posible leer el currículo desde una posición transgresora, defenderlo, negociarlo, ponerlo en marcha y conectar con los estudiantes. Recuerdo cuando la jefa de la Unidad Técnico-Pedagógica, me citó para conversar sobre mis clases y SIMCE (Sistema de Medición de la Calidad de la Educación). Le dije que no consideraba que debía ser un eje en mis clases los contenidos que ella me sugería, que los resultados de esa prueba dependían más de la comprensión de lectura, que, de recalcar hechos históricos, le di incluso algunos ejemplos. Entonces pude negociar con mayor soltura. También recuerdo las clases de orientación, donde le propuse a la profesora hacer un taller sobre educación sexual junto a una amiga matrona. La profesora nos sugirió enfocarnos en evitar las relaciones sexuales a esa edad, cosa que le rebatí junto a mi amiga, enfocándonos en la responsabilidad y el autocuidado sexo afectivo, acordando finalmente tratarlo de esa manera. Considero que mi

sinceridad y argumentos, aunque pudiesen incomodar, permitió enriquecer los espacios donde intervine, generándose debates necesarios que permitieron experimentar otras formas de abordar algún contenido o temática. Me atrevo a decir que era una sensación de gratitud compartida con los estudiantes, que generaba encontrar nuevos sentidos tanto para ellos como para mí.

Quiero aclarar que ese disfrute no tiene que ver exclusivamente con sentimientos agradables, sino también con aquellas sensaciones de nerviosismo, pena, rabia, etc. Ejemplo de ello es que siempre, antes de cada clase, debido a mi ansiedad, estaba extremadamente expectante, sin embargo, lo aceptaba como parte de mi personalidad y de mis primeras experiencias del aula, por lo que pronto disminuía y aparecía el relajamiento. Entonces ese disfrute tiene que ver con permitirse sentir, vivir ese momento desde una corporalidad íntegra. Como comenta bell hooks (1994): “para restaurar la pasión en el aula o para estimularla allí donde nunca estuvo, los profesores debemos descubrir nuevamente el lugar del eros dentro de nosotros mismos y juntos permitir que la mente y el cuerpo sientan y conozcan el deseo”. (p.199)

Gracias a esas experiencias y también a conversaciones con compañeros de la carrera, concebí mis intenciones pedagógicas con más humildad. Me hice consciente de que uno no puede llegar a un espacio y reestructurarlo por completo. Existe una cultura escolar que cala profunda entre nosotros, entonces si llego con una propuesta que la desarticula totalmente, también existiría una carencia de sentidos. Concluí que esos debates que desembocaban en cuestionamientos tenían un gran valor, algo así como un primer paso en el camino hacia una pedagogía feminista. Asimismo, ese proceso fue una caricia para mi autoestima, sentí como un gran logro poder haber puesto en práctica mis perspectivas pedagógicas y que hayan sido valoradas por las profesoras y estudiantes.

Hoy siento el peso de no estar en escuela (por la contingencia sanitaria), para seguir experimentando el ser profesora. Su ausencia era tal que en un momento ni siquiera encontraba el sentido de seguir en el programa de pedagogía. Y es que ese lugar que muchas veces pienso que me incomoda, a la vez me acomoda, porque a pesar del discurso pesimista del sistema escolar, ahí se encuentran muchas más posibilidades de transformación social que en otros espacios, que probablemente por el desconocimiento a veces no somos capaces de apreciar. Recuerdo la historia de vida de mi compañero Claudio, quien nos menciona la

soledad y el sin sentido social que significa trabajar como ingeniero en minas y las maravillosas posibilidades que ve en la docencia.

Quiero ver el fuego de les estudiantes, colegas, de la comunidad educativa. Ese fuego es su profundidad, eso que enciende su día y motiva su existencia. Si yo tuve esa posibilidad en mi proceso formativo espero que otros lo puedan tener, por eso me propongo ayudar a propiciar esos espacios como algunos profesores lo hicieron conmigo. Quiero que nos encontremos en ese fuego y nos encendamos juntas. Siento esperanza, la utopía de desprendernos de la etiqueta, de que en la escuela institucional formal exista una práctica de la libertad, que nos abracemos y caminemos creando. Es como lo que menciona Claudia Korol (2007):

Me refiero [a la metodología de la caricia] a la caricia y al abrazo que nacen en el momento exacto del encuentro de las historias de opresiones que nos identifican. La caricia y el abrazo que forman parte de una ética feminista del acompañamiento, del caminar codo a codo, de transitar los dolores y hacernos cómplices de nuestros deseos. (p.20)

Sin embargo, se hace inevitable el miedo, pues las condicionantes son muchas. Mi experiencia tiene un gran detalle. Yo tenía el privilegio del tiempo para pensar, crear y reflexionar sobre las clases y las relaciones pedagógicas. Además, había una profesora guía y una profesora diferencial, enseñándome, acompañándome y aconsejándome constantemente. Sé que estas condiciones probablemente no existan cuando me inserte a la docencia y entonces tendré que buscar herramientas que me permitan no caer en el sistema. Vivir la pedagogía no tan solo desde el agobio, pues terminaría alienada, sino también desde el disfrute, no perdiendo las motivaciones que me trajeron al camino de la docencia.

Me pregunto: ¿cómo lidiar con la institucionalidad, el currículo, la evaluación estandarizada, con una cultura escolar tan violenta, con mis inseguridades? ¿seré la colega y profesora feminazi? ¿estaré sola intentando revolucionar? ¿me rendiré? ¿escaparé de la educación formal? ¿puedo entregarme a esa incertidumbre?

Una vez se asoma la esperanza. Me digo: Dani, no eres la única, hay cientos palpitando tu utopía, resistiendo, ve al encuentro.

Amistad, compañerismo y complicidad pedagógica

Me reconozco en otras personas. En mis amigas-compañeras que también están en un proceso de amarse, que, aunque yo les diga que son lúcidas, creativas, valientes, hermosas, a veces no lo crean tanto. En les estudiantes que tienen crisis de pánico y necesitaban contención, en les que sienten que nadie les puede comprender, que quieren decir mucho pero no se atreven, que quieren ser elles mismas pero temen a decepcionar. En profesoras/as agobiadas, pero que mantienen las ganas de poder realizar cambios.

Me reconozco en una lucha en común, que me entrega fuerza y contención para disputar la escuela con una pedagogía crítica. En este punto es imposible no recordar la revuelta de octubre de 2019. Pensé que no iba a vivir algo así, un despertar transversal, donde se pone en cuestión un sistema entero. Ahí aparece la educación y el rol docente, donde las preocupaciones de acceso, financiamiento y calidad que primaban en el movimiento estudiantil de 2011 se complejizan. La educación no sexista y con perspectiva de género, el agobio laboral, la salud mental, el sesgo colonial y la invisibilización de la subjetividad toman protagonismo. Parece ser una oportunidad para remover y construir la escuela. Las restricciones se hacen más permeables, la discusión se toma los espacios escolares. En conversaciones con compañeros de carrera, llegamos a la conclusión de que en los colegios es imposible no mencionar la convulsión que está viviendo el país, ya sea por miedo a la subversión de les estudiantes o por iniciativa propia de la comunidad escolar.

En esas semanas y meses convulsionados, la política territorial y gremial floreció. En ese contexto pude asistir a diferentes instancias de discusión sobre educación, convocada por colectivos de educación feminista o con perspectiva de género como la Red Docente Feminista u otras organizaciones feministas que lo ponían como temática central. Recuerdo que surgía la necesidad de diversas actrices y actores, de desestructurar el sistema educativo donde las mujeres, disidencias y todas aquellas identidades y sexualidades que han sido vulneradas y minimizadas pudiesen tener acceso a una educación digna, que permitiera un desarrollo integral, involucrando la corporalidad, el sentir, los aspectos cognitivos. También recuerdo testimonios de profesoras, de su lucha cotidiana para poder establecer relaciones pedagógicas reflexivas y críticas, pero que sin embargo, terminaban agotando su salud mental o desertando, porque parecía ser que estaban nadando solas contra la corriente. A la vez podía

ver una especie de desahogo colectivo que permitía adquirir fuerzas, para seguir transformando la escuela.

En enero estas discusiones se pudieron aunar y transversalizar en el “II Encuentro Plurinacional de Las que Luchan” organizada por la Coordinadora Feminista 8M. Representando a la colectiva territorial de la que soy parte Rotas Movilizadas asistí a las mesas sobre educación en donde se podían encontrar estudiantes, profesoras, apoderades e interesades en el tema. Esos días fueron emocionantes, era un espacio separatista seguro donde a todes nos movía la transformación social con valores feministas. Recuerdo que se tuvieron que abrir más mesas de las planeadas, por la cantidad de gente que había, no tan solo de Santiago, sino que también de otras regiones y países. Las inquietudes eran la mismas que aparecían en las instancias anteriores, solo que ahora se traducían a demandas específicas, que se esperan disputar en el proceso constituyente. Estas son:

1. Educación pública, gratuita, laica, no sexista, disidente, decolonial, inclusiva, antirracista y feminista, con un claro enfoque de derechos.
2. Constitución que considere una concepción de educación orientada al bienestar general, la igualdad y el buen vivir de todas, todes y todos los habitantes del país.
3. Igualdad en la educación y fin al concepto actual de libertad de enseñanza, poniendo fin a la concepción de Estado subsidiario y a la educación de mercado.

(Coordinadora Feminista 8M, 2020)

El contexto de emergencia sanitaria condicionó la presión que las diferentes organizaciones feministas y de educación pretendían ejercer este año, sin embargo, igual han hecho eco algunas campañas virtuales, que han estado más enfocadas en las condiciones de precarización laboral docente. Y se han conformado múltiples espacios de autoformación en la materia.

Es por eso que mientras escribía el relato y me di cuenta de la importancia de lo colectivo en mi construcción docente, se me ocurrió hacer entrevistas a algunas profesoras que practicaran el feminismo en la escuela. Luego se me vino a la mente un aspecto que siempre había tenido presente durante mi formación, el compartir saberes con amigas y compañeras, y en la complicidad política-pedagógica que se había generado desde ahí. Entonces decidí realizar

un encuentro virtual con mis amigas profesoras que precisamente son feministas, de la Universidad y del territorio que habito (Maipú) para conversar sobre feminismo y pedagogía, y a la vez buscar consejos y nuevas perspectivas sobre las inquietudes que declare en el relato. Quise que escapara de una instancia académica de investigación, que fuese un encuentro libre y en confianza, reivindicando el aprendizaje entre mujeres, en los pasillos, los márgenes, en la calle, en la asamblea, que tanto me han entregado en mi formación de vida, disciplinar y pedagógica.

Fabiola (Fabi), Barbara (Barbie), Alondra (Alo) y Sandra (Keka) fueron las invitadas. Estábamos emocionadas, de alguna forma sentíamos esta instancia como necesaria para desahogarnos y compartir experiencias, perspectivas y sueños.

El feminismo y la pedagogía llegaron a nuestras vidas a des-armarnos. Lo que quiere decir, a hacernos conscientes del entramado de violencias que habitamos y de cómo el sistema educacional lo ha sostenido por siglos. Sin embargo, también es el espacio donde se puede combatir, trastocando el *estatus quo* tradicional, es decir, la hegemonía de lo cognitivo, lo blanco-occidental y del hombre. Así lo relata Alondra:

El educar es un espacio de transformación, creo que ahí es donde tenemos que estar, es donde las papas queman, son territorios de disputa (...) Es donde podemos hacer el cambio, donde podemos disputar, el especismo, el machismo, el racismo, un montón de cosas que veo en la práctica, no solo en la teoría con les niñes a diario.

Perseguir y reivindicar esta postura, implica desestabilizar, donde no solo se incluye nuevas formas de abordar el currículum, que visibilicen a mujeres, disidencias y otros sujetos marginados de los saberes. Como dice la Fabi:

Comparto hartos elementos con las chiquillas, yo creo que... de alguna forma, juntando todas las ideas, pa mi ser profe feminista es buscar la dignidad desde la sala, involucra prácticas, formas de pensar, la formas que uno se despliega en todos los sentidos. Me hacía mucho sentido lo que ustedes decían, desde las didácticas, plantearte a nivel de contenidos y de objetivos, no solamente la visibilización, sino también la ruptura, la incomodidad, desde el cuestionamiento de lo normal. Desconfigurando un poco las formas en que se han venido haciendo las cosas y creo

que esa desconfiguración no es solo para inestabilizar o para generar pánico, sino que también tiene que ver con la crítica, con el por qué es así y no de otra manera. Es un potencial que te entrega el habitar el feminismo.

A medida que compartimos los significados que le otorgamos a la pedagogía feminista, van apareciendo las condicionantes. Es que para todas las que ya trabajan en escuelas se ha hecho complejo instalar prácticas pedagógicas disidentes. No obstante, me llama la atención que resaltan los logros, más que todo las trabas que tienen para lograr sus objetivos. Ahí aparece un concepto que se tomó el protagonismo de la conversación: la *estrategia*.

Una de las primeras estrategias que se menciona, tiene que ver con nuestra identidad, como dice la Barbie; “nos dijeron por tanto tiempo quiénes y cómo teníamos que ser, que mostrarnos tal como somos, es un acto político que trastoca el aula y asimismo nos hace dejar de luchar contra nosotras misma reprimiendo nuestros deseos”. Esto implica validarnos como personas y profesionales, ser sinceras con nuestro ser, las cosas queremos y podemos entregar a les estudiantes. Pronto la Fabi interviene, poniendo en discusión que este acto, si bien es muy necesario también implica autocuidado. Hay que tener en consideración que a veces esa sinceridad se debe limitar o mostrar en solo ciertas circunstancias o a medida que pasa el tiempo, comprendiendo el contexto y el daño que pueden causar cierto tipo de personas, sobre todo aquellas que tienen una posición de poder o influencia.

Bárbara, por ejemplo, nos comenta que si dijera que es feminista, teniendo en consideración que es su primer año en el colegio y los valores morales de esté, arriesgaría su trabajo, una estabilidad económica que hoy le es muy necesaria. A pesar de que no se declare públicamente en la escuela como profesora feminista, su práctica pedagógica es fiel a quién es ella y sus objetivos profesionales, en ese sentido está constantemente planteando desafíos críticos-reflexivos respecto al saber histórico, involucrando perspectivas de género.

Keka agrega otro elemento más a esta estrategia, el mostrar quien soy implica también salir del rol socialmente asignado de enseñanza-crianza, no solo somos eso o no nos dedicamos exclusivamente a esas tareas, “somos profesionales, nos gusta esto, hacemos esto otro, significa reivindicar estar en el espacio que queramos, aunque otros digan que no nos pertenece”.

La estrategia también supone tener un bagaje suficiente de conocimientos curriculares, didácticos y disciplinares, que faciliten la argumentación de nuestro despliegue pedagógico. Alondra nos comenta que ella:

Siempre está (...) de manera autodidacta, leyendo cosas diferentes, esto me ha permitido tener herramientas para justificar todo lo que hago. A mí me llaman a dirección para preguntarme por qué estoy haciendo esto y yo les digo, estoy trabajando este objetivo de contenido, este objetivo transversal, desde esta perspectiva.

En este sentido, se hace necesario, por un lado, conocer y examinar las herramientas con que la institucionalidad coarta los procesos de enseñanza aprendizaje críticos y emancipadores. Por otro lado, ampliar nuestros referentes del saber teórico y práctico, que nos permitan negociar y desestructurar las lógicas patriarcales de la escuela. Y bueno, nunca descartar la posibilidad de obviar dicha burocracia, sobre todo cuando no ceden en sus posturas. Actuar en la informalidad, infiltrando dichos saberes en el aula, porque a pesar de que quisieran tener el control y la vigilancia total, no es posible sobre todo en las escuelas públicas donde los recursos escasean.

Nosotras en tanto, en los procesos de enseñanza-aprendizaje tenemos que desarrollar un rol mediador, dar cuenta de saberes y tensionarlos en conjunto con les estudiantes, para que adquieran una postura propia respecto a las temáticas abordadas, aun teniendo en consideración que estas pueden ser contrarias a los valores que nosotras podamos defender. Aunque soñemos una escuela y mundo feminista, no podemos imponerlo, más bien, entregar herramientas para que esta postura y forma de vida adquiera sentido para otras.

Estas estrategias también implican un trabajo con les pares y la organización colectiva de colegas mujeres o feministas. Disputar este espacio requiere que otras educadoras dejen de reproducir las violencias. Tanto Keka como Alondra han sido testigas y sufrido tratos discriminatorios y violentos que son bastante normalizados en la cultura escolar como por ejemplo: relegar a las mujeres a los cuidados, atribuirles una inferioridad intelectual o utilizar un vocabulario ofensivo con les estudiantes. Ahí radica la intención y necesidad de la formación de profesores en temas de género, derechos humanos e inclusión, para que haya

una transversalidad y coherencia didáctica en todas las aulas o por lo menos en la mayoría y que no sigan siendo casos aislados.

Así mismo es fundamental la creación o el fortalecimiento de espacios de discusión entre colegas mujeres, ya sean feministas o no. Con el fin de canalizar las inquietudes personales y laborales que se relacionan con las violencias que las atraviesan y al mismo tiempo discutir y generar estrategias didácticas que permitan construir experiencias de enseñanza-aprendizajes significativos, en tanto consideren horizontes emancipatorios, donde el feminismo aparezca ya sea como posibilidad o como herramienta concreta.

Hay que tener en consideración que esas instancias no siempre se van a encontrar, por eso se hace imprescindible tener y activar redes fuera de la escuela. Lo que también sirve para fortalecer esas experiencias organizativas internas, en caso de que las haya. Hoy esa posibilidad está latente, el florecimiento de organizaciones de base no solo permite el desahogo, liberar el sentir y el pesar, sino también tejer en conjunto, construir otros espacios y adquirir fuerza para presionar a les que detentan el poder.

El encuentro virtual cumplió con esos propósitos, instancias necesarias que se escapan de la rutina, la falta de tiempos y espacios en los colegios. Todas las presentes sentíamos la emoción y a la vez la necesidad de que sea algo frecuente en el tiempo.

Capítulo III: Propuesta para profesoras/es que quieren desarrollar una pedagogía feminista

La siguiente propuesta es una aproximación a consideraciones que se deben tener en cuenta a la hora de desplegar una pedagogía feminista en la educación formal. Surge en base a un proceso reflexivo y de análisis propio que se cimienta en mi experiencia personal y formativa, y en el diálogo surgido con saberes de educadoras/es, encuentros colectivos y conversaciones con amigas y compañeras profesoras. Espero que se pueda ir enriqueciendo en el futuro y solo sea un punto de partida y apoyo, se abra a preguntas y debates. También declaro que esto es posible gracias a mi privilegio de ser una profesora en formación, con el tiempo de pensar la pedagogía, que cuando tuve que hacer clases no sentía la presión de planificar para distintos cursos al mismo tiempo, que podía y puede asistir a distintas charlas y encuentros. No siento, en todo caso, que el no ser una profesora en ejercicio y por tanto activa, le quite merito, más bien entrega una perspectiva de observadora, una forastera como alguna vez leí, que está con un pie dentro y otro afuera, que por lo mismo le permite leer el contexto desde esa complejidad.

Concientización identitaria o la pedagogía de la mismidad

Históricamente nuestra voz, la de las mujeres⁴, ha sido acallada e invisibilizada, nuestra identidad queda relegada a un segundo plano porque el mandato social es cumplir con un rol predeterminado. Si bien, la rebeldía siempre estuvo presente, los procesos de socialización atravesaron nuestras vidas, por lo que permanecen latentes esas heridas y condicionantes de una sociedad patriarcal que nos impiden reconocernos y apropiarnos de quienes fuimos, somos y queremos ser. Como profesoras mujeres y también disidencias - lgbtqi+, migrantes, marginales, flaites y más - nos debemos la pedagogía de la mismidad. Esto consiste en recorrer nuestra historia, comprenderla y resignificarla, hurgando allí nuestros deseos más profundos para movilizarlos en la cotidianidad y sentirnos libres de cualquier estereotipo y

⁴ Considero que las personas que se identifican con alguna disidencia sexual o de género han vivido procesos similares, pero no me siento con propiedad para hablar de su historia, porque no la he estudiado con profundidad y porque soy una persona que ha experimentado su vida desde una identidad de mujer heterosexual.

“normalidad”, aunque probablemente no se cumpla en la totalidad (porque el patriarcado aún no cae), podemos acercarnos. En conclusión, investigarnos, para de- construirnos, como un segundo parto del que somos nuestras propias agentes.

Para ello una de las estrategias que yo utilicé y es la base de este escrito, es la narrativa. Rememorar y detenerse en experiencias de vida, teniendo de guía preguntas detonadoras que en el momento no estén causando inquietud. Ejemplo: ¿por qué soy una persona tan insegura y por qué eso me impide desenvolverse tranquilamente como profesora?

Una vez que vamos identificando situaciones que nos conectan con esas preguntas, nos detenemos para interrogarlas ¿qué siento y pienso al respecto? ¿cómo se relaciona con mi vida actual y mis intereses? ¿me ayuda o no? ¿de qué manera lo resignifico para que sea beneficioso? ¿qué gano o pierdo? Probablemente aparezcan recurrentemente violencias, como el machismo y la misoginia, entonces nos vemos enfrentadas a tomar la decisión de seguir o no perpetuando ciertos patrones, lo que implica reestructurar las formas en que nos relacionamos con amigos, familia, parejas, colegas, hijos, etc.

Aparte de un proceso personal esto también concierne nuevas formas de entablar relaciones pedagógicas, hacer visible nuestros deseos, reafirmar nuestra identidad, mostrar quienes somos y queremos, es un acto político en la escuela. Hacemos frente al despojo de nuestros cuerpos, almas y mentes que quisieron ser condenadas a seguir reproduciendo el rol del cuidado, labor que es necesaria pero que en ningún punto debe ser considerada cosa de mujeres o identidades feminizadas. Mucho menos seremos las que protejan los valores de una patria vendida al neoliberalismo, ni que sirvan para reproducir mano de obra barata. Somos hijas del embarazo no-deseado, de la trabajadora asalariada, la vendedora ambulante, la puta, la madre soltera, la dueña de casa. Hijas del dolor y la rebeldía: creadoras de saberes, profesoras sentipensantes, que podemos posicionarnos autónomamente frente al mundo y que anhelamos que también lo hagan los estudiantes. Este acto por supuesto será repudiado por muchos, seremos las locas, feminazis, brujas, histéricas, que quieren adoctrinar la escuela.

Por lo mismo, este proceso a pesar de parecer personal necesita de contención, porque puede ser tremendamente doloroso y angustiante, allí nos re-des-encontramos con penas y dolores, con hechos que a veces quisiéramos olvidar. También nos enfrentarnos a un cambio de vida

radical y al acoso de mentes retrógradas. Por eso es importante socializarlos con un otre, la psicóloga, las amigas, la terapeuta. Dialogar permite reconocernos en otras personas, sentirnos acompañados, a la vez que unir fuerzas para construir colectivamente. Recurramos a círculos de mujeres, profesoras, a cualquier espacio en que nos sintamos seguras de contar y contarnos nuestra historia, aprovechamos que hoy existen y se multiplican a lo largo del territorio. Debo decir que yo transité por ahí, ha sido tremendamente significativo. Experiencias de vida y aprendizaje compartidos que nos han permitido pararnos entre amigas y compañeras, fortalecernos y disputar la hegemonía patriarcal.

Formación pedagógica y feminista

Quizá la mayoría de les que tengan interés por una pedagogía con perspectiva feminista se hayan introducido en la lectura de artículos y libros sobre el tema, lo que es importantísimo. Sin embargo, no es suficiente, siguiendo los lineamientos de las pedagogías críticas también se hace necesario adéntranos a los saberes de experiencias, ojalá próximas, que les otorguen contexto y por tanto sentido a las reflexiones teóricas. Por ello es importante propiciar o participar en espacios con colegas u otros profesionales de la educación, donde se pongan en debate estas perspectivas y se socialicen vivencias, didácticas, estrategias, que nutran y faciliten su puesta en práctica. No siempre la premisa será la pedagogía feminista, pero sí se puede poner el tema en tabla, al menos una perspectiva de género, teniendo en consideración que la mayoría del gremio son mujeres y todas probablemente algunas veces fueron víctimas de la violencia patriarcal.

Dicha formación no solo tiene relación con la didáctica de las asignaturas, más bien como el despliegue pedagógico que atraviesa a todas las esferas de la escuela, la idea es que los valores feministas se tomen la cultura escolar. Desde el nombrar la diversidad de géneros y orientaciones sexuales, hasta la discriminación monetaria y de estatus que sufren las profesoras. El objetivo es integrar las luchas emancipatorias que reivindican el feminismo interseccional u otros, donde aparte de la caída del patriarcado se encuentra: el capitalismo, especismo, adulto-centrismo, racismo, colonialismo, y todas aquellas estructuras opresivas que impiden el desarrollo de la dignidad en les seres vivos.

Este encuentro entre teoría y experiencia nos entrega herramientas y argumentos que permitan idear estrategias comunes que, según cada contexto escolar, transgredan y disputen la escuela tradicional, reproductoras de opresiones y violencias, para transformarlo en un espacio cada vez más libre, seguro y digno.

Contexto de escuela y socio-educacional

Para generar dichos espacios y disputar la escuela, también es importante analizar los contextos para saber o por lo menos para tener una idea, de qué es lo que podemos conseguir allí, cuáles son los límites, qué consecuencias personales y colectivas pueden acarrear. Sería ideal desplegar una pedagogía feminista libremente, pero nos debemos autocuidado.

En primer lugar, se encuentra el currículo, documento oficial donde se enmarca la enseñanza en la escuela. Ahí el discurso se transforma en objetivos, donde prima la reproducción de un sinfín de contenidos, por supuesto, con sesgos de clase, género, sexo, identitarios, territoriales. Sin embargo, aquel discurso, pareciera ser puesto en diálogo con los derechos humanos, inclusión, democracia, etc. Aspectos que no profundiza, es más, se contradice con el relato en su conjunto, pero de los que nos podemos tomar, para negociar y hacer patente en las aulas de manera reflexiva-crítica, dándole una perspectiva feminista.

El poder de negociación que tengamos estará mediado por el proyecto institucional de dicho colegio, sus autoridades y la cultura escolar específica de aquella comunidad. Examinarlas permite actuar de una manera más asertiva, considerando nuestro cuidado personal, las certezas laborales, el impacto en el estudiantado, etc. Quizá en algunos espacios el feminismo y la pedagogía crítica sea un tema visible, existan colegas, estudiantes y autoridades que tengan interés y por tanto tengamos más posibilidades de aprobación. En otros podemos ser las únicas que consideremos la pedagogía feminista y estemos solas luchando a contracorriente.

A partir de ello podemos plantearnos cómo y en qué momentos intervenir. El cómo incluye nuestra performance personal ¿qué de nosotres daremos a conocer? ¿qué cosas es mejor guardarse? ¿será seguro decir que soy lesbiana, bisexual o feminista? El qué responde al

momento, ¿desde un comienzo? ¿cuándo lleve más tiempo? ¿cuándo tenga un contrato más estable?

Luego está la didáctica, que trasciende una asignatura en particular. Parte de la configuración de relaciones, que luego permiten desencadenar o no procesos de aprendizaje significativos. Es por eso que debemos plantearnos desde el principio maneras de entablar relaciones de horizontalidad, respeto y confianza con los estudiantes. La despersonalización de las identidades es recurrente en la escuela, los estudiantes se transforman en cifras: notas, rankings, n° de lista asociado a un apellido. Preguntémosles como les gusta que los llamen, qué quieren que sepamos de ellos, que esperan de la asignatura, de nosotres. Participemos en esas preguntas, compartamos bidireccionalmente. Rompamos el guion desde el principio para que después las confianzas puedan florecer.

Ya adentrándonos a temas curriculares, hay que configurar estrategias que permitan la entrada de saberes cognitivos, emocionales, corporales y contextuales, que atiendan a una pedagogía crítica y feminista, como dije más arriba es crucial ir enriqueciéndonos constantemente nuestros saberes disciplinares desde una óptica feminista interseccional.

¿Cómo? Debo confesar que a principios de año me dediqué a buscar experiencias en la escuela formal y no encontré nada relacionado, por lo menos, con el área disciplinaria de Historia, Geografía y Ciencias Sociales. Es algo que está en construcción y nosotres somos parte de eso, tengo más inquietudes que certezas, pero me permitiré dejar planteadas algunas ideas que pude experimentar cuando implementé clases y que surgieron de conversaciones con mis amigas profesoras.

Podemos partir con la premisa de hacer una tensión entre las formas tradicionales y las transgresoras de plantear el contenido. Si, por ejemplo, la temática es derechos humanos, que en Chile se reduce a conceptualizaciones occidentales y en menor grado a la violación de estos durante la Dictadura, es necesario preguntarse: ¿qué y quiénes quedan afuera? ¿qué documentos y/o fuentes en relación con los derechos humanos existen aparte de la Declaración Universal de Derechos Humanos? ¿cuáles han sido producidos por pueblos indígenas, afrodescendientes, mujeres u otros grupos marginados de la historia? ¿de qué manera lo relacionamos con la contingencia y los contextos de los estudiantes? Otra consideración es hacer preguntas detonantes a esos contenidos, con el fin de generar

discusión, como se dice coloquialmente, “dejarla ahí”, refiriéndose a problematizar un tema que dejen en un estado de reflexión a les estudiantes. El objetivo es que se logre concientizar el lugar que ocupamos en el entramado de relaciones de poder, comprender de qué manera nos oprimen y oprimimos, cuáles son nuestros privilegios. Para que finalmente les estudiante construyan referentes, ideales, principios y anhelos con perspectivas emancipadoras

Las metodologías por supuesto deben variar, es aburrido escuchar la voz monótona del/la profesora, escribir lo que ni siquiera se atiende, hacer como si estuviera leyendo. Innovar es una obligación, explorar aquellos sentidos marginados produce una sensación distinta en el estudiantado, que rompe la rutina y conecta con otras maneras de experimentar el saber. Preguntémonos como incluir la corporalidad, de qué manera generar un escucha, observación y escritura consciente. Nunca olvidaré el día en que una profesora, bueno, la mismísima Val Flores, nos hizo entrar en una catarsis colectiva. Mientras ella nos recitaba una poética con un contenido que hacía referencias a vivencias de mujeres y disidencias, nosotres nos movíamos en una sala en diversas direcciones, nuestras miradas curiosas y expectantes se encontraban, de pronto nos concentrábamos para responder a aquellos versos, uno específico que nos había tocado. El verso nos interpelaba, debíamos estar activas, involucranos con la clase. Todo aquello generó conectarnos con nuestras emociones, las palpitations del corazón, con la adrenalina de estar viviendo algo inesperado, con nuestra historia. Entonces cuando nos sentamos a analizar textos sobre la temática de la clase, existía una disposición distinta, un interés por apropiarnos nuevamente de lo que allí salía y que la lectura no se transformara en palabras vacías o con sentidos externos.

Todo este proceso no necesariamente atenta contra el currículum, pero si con los tiempos de la escuela. Cuando realicé clases me di cuenta que una puede abordar muchos objetivos en pocas clases, esto teniendo en cuenta que mi foco no era el contenido sino el desarrollo de habilidades que permitieran significar el contenido. El problema radica en la evaluación estandarizada, la falta de tiempos para planificar clases y para que la comunidad educativa realice sus propios planes de estudios.

El foco de enseñanza aprendizaje se pone en las pruebas, que supuestamente da cuenta del proceso de aprendizaje de les estudiantes y del cumplimiento de objetivos de contenido curricular atendiendo exclusivamente a las indicaciones del MINEDUC. Entonces hay una

especie de carrera por conseguir cubrir los objetivos antes de cada prueba, aunque estos se amontonen y se transformen en un cumulo de información que se debe internalizar para alcanzar un puntaje determinado. Las habilidades contenidas en el currículo pasan a un segundo plano, porque claro, lo estándar no puede medir su complejidad. Entonces se instaure como cultura en la mayoría de las escuelas planificar por objetivos particulares y no articularlos, tanto con los objetivos de la misma asignatura, como con los de otras. Lo que finalmente producen son puntos ciegos. el currículum se lee como un manual que está descrito en un plan de estudios y que funciona como un canon.

Este punto es complejo, porque se necesita una voluntad tremenda del establecimiento educacional, pero si no la hay por último intentemos, probemos, seamos rebeldes. ¿Qué tan perjudicial para nuestra estabilidad laboral puede ser obviar o minimizar ciertos objetivos de aprendizaje impuestos, relevando los que nosotros generamos y consideramos tienen más sentido para los estudiantes y su formación? ¿realmente tendrá un efecto negativo en la evaluación estandarizada que tanto le importan al colegio y por lo cual los profesores reciben un constante agobio? Al mismo tiempo y como medida de cuidado, debemos considerar aspectos burocráticos ¿declararé públicamente mis propuestas o se hará entre cuatro paredes? Si llegó a perder el trabajo por estas acciones ¿podré sustentarme algún tiempo?

Formar comunidad

Quizá algunos pensarán que lo que dije más arriba suene bastante idealista por las condiciones laborales precarias en las que se desarrolla la labor docente. Parece ser que no se puede pensar la pedagogía más allá de lo que se debe hacer el día a día, la clase, la prueba, las planificaciones, las actividades extracurriculares. En ese sentido considero que lo primordial, es generar espacios de complicidad pedagógica y laboral, actuar en red y comunidad, aunar fuerzas y tensionar el individualismo neoliberal y patriarcal.

Esto, por un lado, tiene que ayudar a mejorar las condiciones laborales, abogando por desarrollar nuestra labor dignamente. Por otro lado, generar espacios de discusión pedagógica, formación y autoformación, como lo mencione más arriba. Al mismo tiempo es primordial vivir espacios de distensión, que nos hagan encontrarnos desde el cariño, el juego,

el regaloneo, la risa con les colegas. Nuestra persona no se separa de la profesión, dedicarnos a “pasarla bien” con nuestros colegas nos permite recuperar fuerza y ánimos, tener una disposición distinta tanto en el aula como en otros quehaceres cotidianos.

Indudablemente estos espacios mixtos la mayoría de las veces no resultan seguros para mujeres y disidencias, y quizá en algunos casos incluso sea propicio marginarse. Entonces también se debe apuntar a instancias separatistas, en donde la complicidad incluya aspectos sexuales y de género. Esto puede resultar más difícil encontrarlo o generarlo en la escuela de la que se es parte. Sin embargo, hay afuera posibilidades que hay que aprovechar y atreverse a experimentar. Esto lo hablo con bastante propiedad porque lo he vivido, es increíble como las profesoras que participan lo valoran y disfrutan. Pareciera ser una necesidad, un motor para la práctica docente. Por eso mismo dejaré algunas referencias de espacios de activismo dirigidos a contextos de educación formal (no exclusivo), a los que se puede recurrir en Chile:

- Círculo de profesoras feministas Amanda Labarca → Mujeres
- Red Docente Feminista (REDOFEM) → No separatista
- Comité Educacional CF8M → Mujeres y disidencias (se excluye hombres cis)
- Colectivo Pizarra Chueca → LGBTIQ+

Reflexiones Finales

Cuando estaba finalizando el relato me di cuenta que estos meses había vivido un proceso de aprendizaje que lo pude canalizar en palabras. Partí confundida, soñadora pero siempre pensando en los peores escenarios, en lo que condiciona la práctica pedagógica feminista. Entonces comprendí que la narrativa tiene que ver con nuestro momento, en mi caso y probablemente el de muchos, la incertidumbre de estar viviendo una emergencia sanitaria y una revuelta social. Eso se combina con mi falta de un referente contextual, esto es una escuela y universidad presencial, un compartir constante con estudiantes, compañeres y profesores/as, que no se pudo lograr íntegramente a través de la virtualidad. Encerrarme mucho en mí, en recuerdos, aun siendo significativos, de pronto me atormentaba, perdía motivación y creatividad, necesitaba presencialidad para activar la energía, un diálogo que ampliara mis reflexiones.

En esas noches que me daban ganas de escribir, surgían ideas, de pronto empecé a rememorar espacios y experiencias educativas placenteras que en un principio no había considerado, quizá porque me rodeaba un clima un tanto pesimista. Esto se enriqueció con el encuentro con mis amigas profesoras y también con compañeres de seminario, con los cuales nos juntábamos por videollamadas a leer nuestros avances. En esos momentos el margen de acción se abría, lo utópico se vuelve más real. Recuerdo un cuento de Galeano -Ventana sobre la utopía- parte de su extracto dice así:

La utopía está en el horizonte. Camino dos pasos, ella se aleja dos pasos y el horizonte se corre diez pasos más allá. ¿Entonces para qué sirve la utopía? Para eso, sirve para caminar.

En ese escenario, comencé a hacer memoria histórica que no pude experimentar, pero de la que sí me siento parte. Quizá cuantas pensaron que el acceso a la educación de las mujeres sería imposible, el reconocimiento de las diversas identidades género, la inclusión de educación sexual integral en la escuela. Quién imaginaría que el profesorado pudiese ser cuestionado por les estudiantes, que ese autoritarismo déspota de algunas décadas se viera trastocado. Que esos mismos estudiantes secundarios encendieran la llama de la revuelta. Y detrás de todos esos procesos están personas que creyeron en la posibilidad de transgredir,

que quizá murieron con esa esperanza. Esa herencia de luchas y rebeldías, no siempre victoriosas, hoy nos permiten, me permiten plantear este relato, considerar la posibilidad de una práctica feminista en la escuela formal institucional.

Este espacio introspectivo, un relato bastante personal, puesto en un tímido diálogo con otras, entendiendo las limitaciones del contexto, cumplió una función de concientización, ordenamiento y transformación de mis sentipensares, en un nido de ideas y estrategias de disputa. Allí lo personal se vuelve político, porque mi ser como mujer y profesora es con otras, mi particularidad se vuelve social cuando lo comparto constantemente y se construyen proyectos en conjunto.

De alguna manera esto fue hacer una pedagogía de la mismidad, que maravilloso suena y cuan necesario es. Ojalá todes lo pudieran experimentar. Ese momento en que te permites ser protagonista de tu vida, de hacer memoria, sentir tu historia y proyectarte. Imaginen si esto se pudiese replicar en la escuela, ese típico principio pedagógico de conocer el contexto de los estudiantes tomaría más sentido. ¿Cómo poder conocer con otras, si no nos pensamos a nosotres? ¿si no desarrollamos formas de conocer que excedan la pregunta y la espera de una respuesta probablemente no siempre dicha o sincera? Me voy con ese desafío, si una de las premisas de la pedagogía feminista es partir de sí, creo que de algún modo lo estoy logrando. Pero de qué otra forma lo podemos conseguir más allá de la palabra escrita, es necesario aprender a comprender esa narrativa de la oralidad, de los silencios, del cuerpo. Obviamente no solo para les docentes, la idea es que les estudiantes puedan tener este mismo proceso.

Finalmente, si queremos transgredir la institución, primero nos tenemos que transgredir a nosotres mismas, conocernos y comprendernos para transformarnos. Espero que este proceso nunca acabe, en la constante búsqueda de posibilidades radica el aprendizaje, sería aburrido no imaginar otros mundos posibles. Como dice Claudia Korol (2007): “criticar una y otra vez las propias creencias parece ser el único camino para que nuestras ideas y nociones del mundo puedan ser vitales, fértiles, transformadoras. Quiero decir, revolucionarias”. (p.16)

Reivindicó la pedagogía feminista desde la interseccionalidad de nuestros contextos, de nuestras identidades, de las formas en que habitamos nuestra corporalidad, desde la mismidad en diálogo colectivo, desde el constante cuestionamiento de-contrunstructor. Espero que este sentir-pensar se pueda ir enriqueciendo en los siguientes años.

Bibliografía

- Coordinadora Feminista 8M. (Enero de 2020). Síntesis general Encuentro Nacional de Las y Les que Luchan 2020 . Santiago .
- Flores, V. (2010). Escribir contra sí misma: una micro-tecnología de subjetivación política. En Y. Coord.^a Espinosa Miñoso, *Aproximaciones críticas a las prácticas teórico-políticas del feminismo latinoamericano* (págs. 211- 232). Buenos Aires: La Frontera.
- Freire, P. (1992). *Pedagogía de la esperanza. Un reencuentro con la pedagogía del oprimido*. Sao Paulo: Editor digital Diegoan.
- hooks, b. (1994). *Teaching to transgress : education as the practice of freedom*. New York : Routledge.
- Korol, C. (2007). La educación como práctica de libertad. Nuevas lecturas posibles. En C. Comp. Korol, *Hacia una pedagogía feminista* (págs. 9-22). Buenos Aires: América Libre, El Colectivo.
- Maceira Ochoa, L. (2007). Una propuesta de pedagogía feminista: teorizar y construir desde el género, la pedagogía, y las prácticas educativas feministas. *Ponencia presentada en el “I Coloquio Nacional Género en Educación”*. Universidad Pedagógica Nacional – Fundación para la Cultura del Maestro, AC. México, DF, 1-20.
- MINEDUC. (2017). Enfoque de género. Incorporación en los instrumentos de la Gestión Escolar. Santiago de Chile: Unidad de Equidad de Género.
- Pinzón, H. (2017). Narrativas de la identidad profesional docente en perspectiva de género . *Doctorado interinstitucional en educación*. Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Bogotá, D.C.